

El mito de la mujer aliada con las fuerzas elementales de la naturaleza, se encuentra en todos los aspectos del neo-romanticismo de finales del siglo XIX, y las múltiples compañías masculinas intelectuales que Lou frecuenta, se mueven como peces en el agua en el espacio de la corriente neorromántica.

«La Santa Trinidad»

En la primavera de 1882, en casa de Malwida, se conocieron Paul Rée, Nietzsche y Lou. Enseguida se estableció entre ellos una corriente de amistad y simpatía, hasta el punto, que los dos hombres se enamoraron de ella y, consecutivamente, uno y otro, le propusieron matrimonio. Pero los planes de Lou eran muy otros que los del casorio y puso manos a la obra hasta conseguir lo que le ilusionaba: su afán de libertad se hallaba desencadenado.

Recientemente había soñado que creaba un hogar que compartía con varias personas, unidas por lazos de amistad y por el estudio, y los dos filósofos le parecían el ideal para ver realizado su sueño. Su decisión supuso un escándalo generalizado de familia, amigos y consejeros, pero Lou siguió firme en su empeño: «No puedo ni vivir conforme a ejemplos —respondió—, ni voy a representar jamás un ejemplo para nadie, pero en cambio voy a darle forma a mi propia vida de acuerdo conmigo misma, eso sí que lo voy a hacer, pase lo que pasare». Y añade: «Más feliz de lo que soy ahora seguro que no se puede ser, porque la guerra fresca-piadosa-y-alegre que con certeza se va a desatar ahora no me asusta, por el contrario, que se desate. ¡Vamos a ver si no resulta que la mayoría de las llamadas “barreras insuperables” que el mundo traza vienen a ser inofensivas rayas de tiza!»

La convivencia de «La Santa Trinidad», fue intelectualmente enriquecedora para todos, pero la armonía perfecta a la que Lou aspiraba, no se dio ni por un momento, ya que la rivalidad entre los dos filósofos por conquistar el amor de su joven amiga, fue un constante mar de fondo, que no consiguieron superar, con sus consiguientes consecuencias de envidias y celos.

Lou creía firmemente en la posibilidad de poner en práctica su sueño de vida y estudio en común, manteniéndose libre de todo lazo afectivo. Rée, por su parte, pensó que ésta era la única forma de poder permanecer junto a ella, y que Nietzsche, por ser un hombre mayor, rondaba los cuarenta, daría cierta seriedad a aquella empresa insólita. Pero se equivocó del todo, ya que éste, no cesó en su titánico esfuerzo de desprestigiar y machacar a su amigo, en su intento de conquistar en exclusiva a la buena compañera rusa.

De este problemático, y hasta turbulento período de convivencia, surgió la obra maestra de Nietzsche *Así habló Zaratustra*, escrita su primera parte en diez días, y redactada de un tirón en los primeros meses de 1883. El contenido parece que corresponde íntegramente a los largos diálogos mantenidos entre el autor y Lou. Tres años después, también Lou publicaría su obra titulada *Una lucha por Dios*, en la que la influencia de Nietzsche es definitiva.

Matrimonio singular

Cuatro años después de rota «La Santa Trinidad», Lou Andreas Salomé (de soltera Louise von Salomé), traicionando en apariencia todos sus principios de ser libre a tope, contrajo matrimonio, y su unión durará hasta la muerte de su marido en octubre del año 1930. Digo traición en apariencia, porque para ella las ataduras matrimoniales no pasaron de ser puramente aparentes, ya que ellas no impidieron que continuara viviendo su vida a todos los niveles: intelectual, sentimental, afectivo y amoroso en toda su extensión.

F.C. Andreas, único marido oficial de Lou, era nieto por parte de madre de un médico alemán, que emigró a Java y casó con una malaya. Su madre, a su vez, contrajo nupcias con un armenio, asentado en Ispahan. El padre del pequeño Andreas se trasladó a Hamburgo cuando éste tenía seis años; a los catorce le mandaron a Ginebra donde estudió música y lenguas, especializándose en Estudios Orientales, y sobre todo en Iranística. Es decir, que en la formación de Friedrich Carl Andreas participaron desde un principio Occidente y Oriente; el europeo pragmático y el oriental contemplativo y espiritual. Esto supuso para Lou su máximo atractivo.

Mire por donde se mire, las relaciones de pareja que existieron entre estas dos personas singulares, poco tienen que ver con las del común de los fieles. Sin ir más lejos, por ejemplo, Lou cuenta en su *Mirada retrospectiva*, dos veces que estuvo a punto de asesinar a su marido, aparentemente, sin motivo alguno. La primera vez, fue la víspera de su boda, que le clavó en el pecho una navaja que él solía llevar encima para sus caminatas nocturnas por el campo. La segunda, fue años después: durante el sueño, intentó ahogarle apretándole el cuello con sus manos. Ante el estertor que él emitió, Lou despertó y le soltó asustada.

De los cuarenta y tantos años que duró su matrimonio, Lou destaca como muy positiva «la perfecta libertad en que cada cual estaba a lo suyo, nos era, consciente a ambos, como una comunidad de la que estábamos ciertos; cabría decir quizás: un simple respeto mutuo, en el cual habríamos desembocado, se sentía al mismo tiempo como posesión y seguridad. Porque para una cosa conservó mi marido, incluso en la más completa ocupación, un maravilloso olfato: para saber en qué medida el otro seguía su camino tranquilo y alegre».

Lou resalta de Andreas su capacidad de «compartir la alegría»: «este rasgo destacadísimo de su humanidad, significó siempre para él un comprender al otro como a un igual: captar el sustrato primordial y esencial que era común a ambos».

Madre y amante

Un capítulo muy importante de la vida de Lou Andreas Salomé fue su encuentro con R.M. Rilke, joven enfermizo y solitario, al que conoció una tarde en un teatro de Munich, presentado por el escritor Jakob Wassermann. Era el año 1897, y por aquel entonces Lou escribe: «No hizo falta mucho tiempo para que René María Rilke se convirtiera en Rainer. El y yo nos pusimos a buscar una casa en las afueras, cerca de la montaña; y una vez allí, en Wolfratshausen, volvimos a cambiar de refugio». La temporada

en común en Wolfratshausen duró más o menos desde la mitad de junio hasta el comienzo de septiembre.

Rainer, jovencísimo aún, había escrito y publicado ya numerosos relatos y poemas, pero aún no era ni mucho menos el gran poeta que llegaría a ser, en parte, gracias a la ayuda de Lou que fue su amiga, consejera, madre y amante, y que llegó a conocerle y a sentirse unida a él de la forma más total y profunda: «Si durante años fui tu mujer, —escribe Lou en 1934—, fue porque tú fuiste para mí lo por primera vez real, cuerpo y ser humano indiferenciadamente uno, hecho indubitable de la vida misma. Palabra por palabra habría podido confesarte lo que, como confesión de amor, me dijiste tú: «Sólo tú eres real». Así nos convertimos en esposos aún antes de habernos hecho amigos, y nuestra amistad apenas si fue elegida, sino que provino de bodas igualmente subterráneas. No se buscaban en nosotros dos mitades: la totalidad sorprendida se reconoció, con un escalofrío, en la increíble totalidad. Y así fuimos hermanos, pero como de tiempos remotos, antes de que el incesto se tornara sacrilegio».

La relación epistolar entre Rilke y Lou duró, de forma más o menos continuada hasta la muerte del poeta a finales de 1926. Con el correr de los años, y a medida que la producción literaria de Rainer se hacía más madura y valiosa, los trastornos físicos y psíquicos fueron haciéndose cada vez más intensos. Por aquellos tiempos, Lou ya había conocido a Freud, y se encontraba inmersa en el mundo del psicoanálisis, lo que le sirvió, entre otras cosas, para poder ayudar a su amado a superar sus males, con un conocimiento mayor de causa, intentando hacerle reflexionar sobre una base científica.

El 31 de octubre de 1925, un año y dos meses antes de su muerte, en su última carta extensa a Lou, Rilke confiesa que vive, «cada vez más en medio de un espanto», en un «círculo horroroso», cuya causa, reconocible para él, es «una desgracia merecida», una «diabólica obsesión», una «intensa tentación».

En el mes de diciembre, Lou escribe una carta de respuesta, en la que punto por punto, racionaliza la raíz de sus males y le anima a salir de ellos, a la vez que se lamenta de no haberle podido ayudar más antes: «Ay, el cuadro entero está tan claro, —dice—, sólo para mí, ternera de entonces, no lo estaba, y con ello me ha cargado Dios a mí la culpa, porque no estuve, cuando nos conocimos, dispuesta para ti, experimentada con mi actual saber y conciencia».

La vivencia Freud

En septiembre de 1911, Lou Andreas Salomé se desplazó a Weimar para asistir al III Congreso de Psicoanalistas que allí se celebraba, el primero con carácter público. Un año después, desde su residencia de Göttingen, Lou escribía a Freud: «Después de haber asistido el pasado otoño al Congreso de Weimar, no he podido abandonar ya el estudio del psicoanálisis, y cuanto más profundizo en él, más fuertemente me atrae. Y he aquí que va a cumplirse ahora mi deseo de pasar algunos meses en Viena: ¿Verdad que podré dirigirme a usted, asistir a sus clases, y solicitarle me autorice a tomar parte en las sesiones de los miércoles por la tarde? Consagrarme plenamente a esta tarea es la finalidad única de mi estancia allí».

Desde Viena, Freud en persona, le escribe pocos días después: «Cuando venga a Vie-

na todos nos esforcaremos por hacerle accesible lo poco que del psicoanálisis puede ser mostrado y comunicado. Yo había interpretado ya su participación en el Congreso de Weimar como un presagio favorable».

Tiempo más tarde, Lou cuenta que fueron dos impresiones vitales muy opuestas entre sí las que le hicieron especialmente receptiva al encuentro con la psicología profunda de Freud: «haber tenido experiencia de la excepcionalidad y rareza del destino anímico de un individuo y haber crecido entre un pueblo cuya intimidad se da sin más rodeos».

Lou fue fiel discípula, estrecha colaboradora y entrañable amiga del médico vienés. «En momentos en que él mismo experimentaba repugnancia, —cuenta en sus recuerdos—, me expresó su asombro de que a pesar de todo yo siguiese tan profundamente fiel a su psicoanálisis: «porque yo no enseño otra cosa que a lavar la ropa sucia de otra gente».

Lou con la claridad mental y la sinceridad expresiva que siempre le caracterizaran, manifiesta así la convergencia y divergencia respecto a Freud: «Su mérito fue haber restablecido al hombre en su unidad con todo lo viviente, no de manera intuitiva, sino racionalista. La diferencia respecto a mí, fue, desde el principio, que él habría preferido, con mucho, liberar por completo al ser humano de esta peligrosa conexión con la unidad, mientras que yo siento lo poderoso aún en lo que irrumpe en lugar equivocado (lo patológico)».

A lo largo de toda su vida, Lou Andreas Salomé habla mucho de Dios, de religión, de piedad, de fervor. Pero siempre rehusando todo lo que sea Iglesia y dogmas. El sentimiento religioso tiene en ella un contenido vago que le lleva a comulgar en profundidad con todo lo viviente. Un artículo suyo muy significativo del año 1897 y titulado «Jesús el Judío», apoya claramente al Cristo que defendió una religión de aquí abajo y cuyo mensaje de amor consistía en fundir a Dios y la creación en una unidad amorosa. La vivencia del amor supuso para ella tarea de toda una vida llena de trabajo, experiencias y contenido. Por eso pudo expresar con conocimiento de causa: «Todo amor es trágico. El amor compartido muere de saciedad, el amor no compartido, de inanición. Pero la muerte por inanición es más lenta y más penosa».

Isabel de Armas